

Del exilio español

Dolores Pla

Clara E. Lida, *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria e identidades*, México, El Colegio de México, 2009.

En *Caleidoscopio del exilio* Clara E. Lida reúne un conjunto de trabajos de su autoría cuyos temas centrales, como el subtítulo lo indica, son los actores, la memoria y las identidades del exilio republicano español en México.

Lo primero que quiero destacar del libro es la fotografía de la portada. En ella se puede ver a Antonio Machado, su hermano José y otros tres refugiados en un pueblo catalán camino del exilio. Es conmovedor ver al poeta sentado y mirando al suelo, ensimismado, ajeno a la cámara y a quienes lo acompañaban, anticipando, quizá, que no sólo estaba dejando atrás su mundo, sino su vida misma. Como es sabido, murió poco tiempo después. Esta fotografía revela cómo Clara Lida entiende, y debe entenderse, el exilio: como un gran sufrimiento, y así lo ratifica en la introducción. Pero la solidaridad con los refugiados y el compromiso moral con el exilio no le impiden acercarse a esta problemática con el rigor

propio del historiador. Así, analiza rastros documentales y una muy extensa bibliografía, y no evita someter a crítica algunos de los planteamientos que los exiliados han hecho suyos por largos años.

El libro comienza con un extenso y riguroso trabajo basado en el Registro Nacional de Extranjeros de la Secretaría de Gobernación, hoy depositado en el Archivo General de la Nación, cuya intención es precisar las principales características de la emigración española a México entre los años 1939-1950. Una conclusión novedosa que resulta del análisis de estos materiales es que, a diferencia de lo que se había supuesto, no todos los españoles llegados entre estas dos fechas eran refugiados, sino que, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, al mismo tiempo que continuó el arribo de éstos, se reinició la emigración tradicional que se había interrumpido por varios años. Este estudio es fundamental para un mejor conocimiento del exilio. Por muchos años la historiografía sobre el tema no mostró interés por saber cuántos y quiénes eran los refugiados que llegaron a México, con una excepción, el libro de Lois Elwyn Smith, *México and the Spanish Republicans* publicado por la Universidad de California en 1955 y que nunca tuvo la atención

que merecía. Hecha esta salvedad, podemos decir que este vacío historiográfico perduró más de cuarenta años. El tema prácticamente no se mencionaba, pero a modo de explicación, ocasionalmente se decía que las estadísticas mexicanas no eran confiables. Después hemos comprobado que no era así. Lo cierto es que, más que un problema de fuentes, se había generalizado la idea de que el exilio había sido muy numeroso y “de intelectuales”; esta definición resultaba conveniente tanto para el Estado mexicano —pues justificaba ampliamente su decisión de recibirlos— como para los propios refugiados que remitían con legítimo orgullo a la ingente obra de sus integrantes más conspicuos para mostrar cómo se había correspondido a la solidaridad mexicana.

Hasta fines de la década de 1960, con el acceso a documentos generados por organismos del propio exilio, se supo fehacientemente que aunque con él llegaron a México un número muy importante de los hombres y mujeres más destacados en los ámbitos de las ciencias, las artes y las humanidades, la mayoría de los refugiados no formaban parte de las elites culturales sino que eran trabajadores de los tres sectores de la economía, sobre todo provenientes de la industria y

los servicios, muchos de ellos con diversos grados de especialización. Clara Lida, con base en los documentos del RNE, amplía y profundiza el conocimiento acerca de los exiliados al hacer un muestreo que cubre un lapso de doce años, registrando y analizando un buen número de variables: fecha de llegada, edad, sexo, estado civil, lugar de origen, idiomas que conocen, religión que practican, ocupación, calidad migratoria, medios de transporte, puertos de entrada y lugares de asentamiento en México. El resultado es un panorama que constata la diversidad del exilio; un estudio que será un clásico. Pero el mejor reconocimiento que puede y debe hacerse a esta investigación es que contribuya a una renovación historiográfica, porque, como lo muestran los testimonios de los propios refugiados, las diferencias entre ellos se tradujeron en diversas maneras de insertarse a México y, en definitiva, de vivir el exilio.

Pero si este primer trabajo se encarga de dar respuestas, otros recogidos en el libro se caracterizan más bien por la formulación de preguntas, tal es el caso de “Memoria y cultura en vilo: paradojas de la identidad en el exilio” y de “Cara y cruz del exilio: entre la inserción y el desarraigo.”

El primero de ellos comienza con una reflexión acerca de la diferencia entre memoria e historia. Escribe la doctora Lida: “La función esencial de la memoria es recordar, y, etimológicamente, *recordar* (derivado del latín, *cor*) es un acto que pasa por el corazón, es decir, por lo íntimo de los sentidos. En contraste, la historia (que deriva del griego *istor*, y se relaciona con inquirir,

saber) pretende rescatar una verdad informada por los datos.” A continuación repasa cómo el exilio construyó su memoria, la que habría de constituir parte sustancial de su identidad. Apoyándose en el concepto “lugares de la memoria” (acuñado por el historiador francés Pierre Nora) aborda dos de ellos: las editoriales y los colegios fundados por los exiliados.

La labor llevada a cabo por las editoriales respondía a la voluntad y necesidad de preservar la memoria de una cultura que se hallaba amenazada por la dictadura. Pero, paradójicamente, este empeño —en tanto significaba permanecer anclado en el pasado, el ya inexistente pasado de la República— contribuía a una cierta enajenación del nuevo entorno, una distancia con respecto al país de acogida (que a veces parecía elegida, pero otras alimentada por el propio medio mexicano), lo cual desembocó en el desarraigo y generó una cultura *en vilo*.

Los colegios, por su parte, fueron los encargados de transmitir “una cultura del exilio” a la segunda y tercera generación. La autora se pregunta: “¿Cómo y cuándo saber si la memoria originada instilada por sus mayores acabó siendo reemplazada por la conciencia plena de la cultura y de la vida mexicana?, o si el desarraigo llevó a estos niños y adolescentes a permanecer encerrados sobre sí mismos por lustros, décadas, o siempre, ajenos a su entorno como lo eran también a su patria de origen”. Se sabe poco al respecto, pero sí se sabe que muchos “se han ido mostrando muy identificados con la España de hoy”.

Clara Lida dedica una parte de sus reflexiones a poner en entredicho una frase con la que se identificaron muchos refugiados y aun sus hijos, que no eran “ni de aquí ni de allá”, con lo que se quiere decir que debido a los largos años del exilio habían dejado de ser españoles sin por eso llegar a ser plenamente mexicanos: “¿Acaso no ser de aquí ni de allá era un rechazo al ‘aquí’ mexicano que los había acogido y una voluntad tácita de seguir siendo otros, aunque este ‘allá’ ya no existiera? ¿O era, *nolens volens*, una manera de eludir contrastes y definiciones que podían desembocar en juicios desfavorables a la sociedad y al entorno de acogida y desatar una riesgosa confrontación?”

Para dar respuesta a tales interrogantes una vía pueden ser los trabajos comparativos que confronten lo vivido en México con lo sucedido en otras sociedades de acogida. Sabemos ya que entre el exilio mayoritario, el que permaneció en Francia, los procesos identitarios fueron radicalmente distintos, incluso podríamos hablar para la segunda generación no sólo de una integración cumplida sino de asimilación. ¿Qué tiene el exilio en México y el país mismo que hace que esta experiencia haya sido distinta?

La segunda parte del libro, “Actores en contraste”, reúne un estudio comparativo entre el exilio español y el argentino, y dos trabajos dedicados a grupos muy puntuales del destierro español: los historiadores que se establecieron en México, y las niñas y jóvenes exiliadas. La tercera parte, “Homenajes”, es un reconocimiento al presidente Lázaro Cárdenas y a dos

refugiados entrañables para Clara Lida: su maestro y amigo Vicente Llorens, a quien dedica un texto extraordinario, y José Puche Planás, al que llama acertadamente “exiliado y mexicano cabal”.

Quiero terminar diciendo que, igual que en trabajos anteriores, en este libro destaca el impecable manejo del lenguaje escrito de la autora, su conocimiento y amor por nuestro idioma. Y no es gratuito que

incluya a lo largo del libro, a manera de epígrafes, versos alusivos al exilio; ella sabe, como poeta que es, que un verso es frecuentemente un destello que alumbra aquello imposible de expresar de otra manera.

La habitación y su historia

María Dolores Morales

Enrique Ayala Alonso, *La idea de habitar. La ciudad de México y sus casas, 1750-1900*, México, UAM, 2009.

Con el sugerente título de *La idea de habitar. La ciudad de México y sus casas, 1750-1900*, el arquitecto Enrique Ayala Alonso nos ofrece un libro inteligente, ameno y bien escrito, resultado de una rigurosa investigación que tiene como objetivo central estudiar el proceso de cambio de la vivienda y de las maneras de habitarla, desde las reformas borbónicas hasta el inicio de la urbe moderna.

El tema de la casa ha sido poco investigado en la historiografía mexicana y la mayoría de los estudios lo han abordado desde la perspectiva de su morfología física o de su valor artístico. Pocas veces se han relacionado estas formas constructivas con la manera en que los diferentes grupos sociales

las concibieron y vivieron. Por ello, es muy enriquecedor el enfoque del autor que reconstruye la historia de la casa, no sólo desde el punto de vista arquitectónico sino también desde la óptica de la historia de las mentalidades al analizar los valores que sobre el habitar compartían las familias en los momentos estudiados, las ideas que tenían sobre la privacidad y la intimidad así como sus gustos para decorar los interiores de las viviendas donde se desarrollaba su vida doméstica, elementos todos que el autor considera fundamentales.

La idea principal que organiza el trabajo es que la casa actual tiene sus raíces dos siglos y medio atrás y que su proceso de cambio cristalizó como resultado de las transformaciones impulsadas por dos movimientos políticos clave: las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII y la reforma liberal de mediados del siglo XIX. La primera marcó una etapa distinta en la historia de la ciudad, de la casa y de las conductas colectivas, estremeció todas las estructuras existentes en la sociedad novohispana y las proyectó hacia su modernización; surgieron así muchos de los nuevos valores sobre el habitar cimentados en la filosofía de la Ilustración. En tanto que la

reforma liberal estableció un nuevo orden jurídico, económico y social que permitió el progreso de la nueva nación, al secularizar la vida cotidiana de la población y arrebatarla a la Iglesia que por siglos había controlado todos sus actos. Asimismo dio origen al nacimiento del ciudadano que ante la ley representó la igualdad de toda la población e hizo posible una diferente forma de habitar.

El libro está dividido en cinco capítulos, los dos primeros (“La reinención de la urbe” y “La reforma toca a la casa”) examinan los efectos de las reformas borbónicas en la ciudad y en la casa. El autor señala que en la ciudad se pusieron en marcha una serie de medidas para dotarla de una imagen distinta, cuyo principio rector era implantar un nuevo orden general que la concebía como una unidad total sin distinciones entre la ciudad de españoles y los barrios indígenas, una urbe ordenada, higiénica y funcional. Con ese objetivo se implementó una división administrativa en cuarteles sobrepuesta a la parroquial; se intentó desalojar de las calles a quienes hacían uso tradicional de ellas, para destinarlas únicamente a la circulación y se creó una infraestructura de servicios públicos ligada a la salubridad